

---

# La Palabra de Dios en la sagrada liturgia (*Verbum Domini* 52-71)

*The Word of God in the Sacred Liturgy*  
(*Verbum Domini* 52-71)

---

RECIBIDO: 15 DE MARZO DE 2011 / ACEPTADO: 14 DE ABRIL DE 2011

---

**Jaime SANCHO**

Facultad de Teología San Vicente Ferrer  
Valencia, España  
jaime@jaime14.jazztel.es

**Resumen:** La expresión «sacramentalidad de la palabra» aparece por primera vez en los documentos del magisterio de la Iglesia en la Exhortación Apostólica post-synodal *Verbum Domini* (n. 56). A partir de ese hecho, se exponen algunos elementos relevantes: la contemporaneidad de Cristo con la Iglesia en la liturgia de la palabra, la performatividad de la palabra celebrada, su estructura quasi-sacramental y su dimensión de acontecimiento. El fundamento se encuentra en la teología del *Ordo lectionum Missae*. El texto explica los dinamismos internos del Leccionario del Misal Romano y explicita algunos principios que inspiran la proclamación de la Palabra de Dios a lo largo del año litúrgico.

**Palabras clave:** Palabra de Dios, Liturgia de la palabra, Leccionario.

**Abstract:** The expression «sacramentality of the word» appears for the first time in magisterial documents of the Church in the Post-Synodal Apostolic Exhortation *Verbum Domini* (n. 56). From this fact, some relevant elements are exposed: the contemporaneity of Christ with the Church in the liturgy of the word, the «performativity» of the celebrated word, its quasi-sacramental structure and its dimension of event. The basis is found in the theology of the *Ordo lectionum Missae*. This text explains the internal dynamisms of the Lectionary of the Roman Missal and specifies clearly some principles which inspire the proclamation of the Word of God throughout the liturgical year.

**Keywords:** Word of God, Liturgy of the Word, Lectionary.

PROEMIO. LA CONTEMPORANEIDAD DE CRISTO EN LA VIDA DE LA IGLESIA  
(*VERBUM DOMINI* 51)

En las celebraciones de las religiones no cristianas se leen también sus libros sagrados, pero se trata de la proclamación de antiguas epopeyas, o de pensamientos o revelaciones recibidas por sus fundadores. Sin embargo, en la liturgia cristiana se abre un ámbito donde el Salvador, Maestro y Pastor de la comunidad, es quien se dirige a la asamblea, ya sea recordando los textos del pasado que hablaban de él, o repitiendo a sus fieles sus mismas palabras pronunciadas en la tierra, junto con los mensajes de aquellos que hablaron y hablan todavía inspirados por el Espíritu del Resucitado. Por ello, tomamos pie de la introducción de la segunda parte de la Exhortación *Verbum Domini*, dedicada a la Palabra de Dios y la Iglesia, en la que el Papa dice:

«La relación entre Cristo, Palabra del Padre, y la Iglesia no puede ser comprendida como si fuera solamente un acontecimiento pasado, sino que es una relación vital, en la cual cada fiel está llamado a entrar personalmente. En efecto, hablamos de la presencia de la Palabra de Dios entre nosotros hoy: “Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta al fin del mundo” (Mt 28,20)». Como afirma el Papa Juan Pablo II: «*La contemporaneidad de Cristo respecto al hombre de cada época se realiza en el cuerpo vivo de la Iglesia. Por esto Dios prometió a sus discípulos el Espíritu Santo, que les “recordaría” y les haría comprender sus mandamientos (cfr. Jn 14,26) y, al mismo tiempo, sería el principio fontal de una vida nueva para el mundo (cfr. Jn 3,5-8; Rm 8,1-13)*».

La Esposa de Cristo, maestra también hoy en la escucha, repite con fe: «Habla, Señor, que tu Iglesia te escucha».

*En el apartado primero de esta exposición me limito a resumir la enseñanza del santo Padre, que no precisa de mayor explicación y que debe leerse íntegramente en su Exhortación, porque estos pensamientos serán recordados cuando se trate luego de los temas concretos a los que se va a prestar atención; no pudiendo, por razón de espacio y tiempo, comentar los aspectos particulares referentes a todos los temas a que hace referencia el Papa en esta sección de su escrito (nn. 60-71).*

LA PALABRA DE DIOS EN LA SAGRADA LITURGIA (*VERBUM DOMINI* 52-56)

Comienza el Papa declarando la presencia indispensable de la Sagrada Escritura en las acciones litúrgicas (52). Nuestras iglesias conservan el antiguo

título de las sinagogas como «*casa de la Palabra*», porque la sagrada liturgia es el ámbito privilegiado en el que Dios nos habla en nuestra vida, habla hoy a su pueblo, que escucha y responde y de ella reciben su significado las acciones y los signos. Conforme a la «contemporaneidad antes citada, hay que decir que Cristo mismo “está presente en su palabra, pues es Él mismo el que habla cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura”» (SC, n. 7). El orden y la función de la Escritura en la liturgia es también una guía para «la hermenéutica de la fe respecto a la Sagrada Escritura», pues «en la liturgia, la Iglesia sigue fielmente el mismo sistema que usó Cristo con la lectura e interpretación de las Sagradas Escrituras, puesto que Él exhorta a profundizar el conjunto de las Escrituras partiendo del “hoy” de su acontecimiento personal».

A pesar de que los rituales postconciliares incluyen siempre la celebración de la Palabra junto con la plegaria y el signo sacramental, todavía en la práctica pastoral, los fieles no siempre son conscientes de esta unión, ni captan la unidad entre el gesto y la palabra (53). Siendo así, sin embargo, que se muestra, en forma litúrgica, el actuar propio de Dios en la historia a través del *carácter performativo* (realizador-actualizador) de la Palabra misma<sup>1</sup>. En efecto, en la historia de la salvación no hay separación entre lo que Dios *dice* y lo que *hace*; su Palabra misma se manifiesta como viva y eficaz (cfr. Hb 4,12).

Lo que se afirma genéricamente de la relación entre Palabra y sacramentos, se ahonda cuando nos referimos a la celebración eucarística. De este modo, en el misterio de la Eucaristía se muestra cuál es el verdadero maná, el auténtico pan del cielo: es el *Logos* de Dios que se ha hecho carne, que se ha entregado a sí mismo por nosotros en el misterio pascual; lo mismo que el relato de Lucas sobre los discípulos de Emaús nos permite una reflexión ulterior sobre la unión entre la escucha de la Palabra y el partir el pan (cfr. Lc 24,13-35) (54). Por ello, porque la Palabra de Dios se hace sacramentalmente carne en el acontecimiento eucarístico, la Eucaristía nos ayuda a entender la Sagrada Escritura, así como la Sagrada Escritura, a su vez, ilumina y explica el misterio eucarístico (55).

En el n. 56, el Papa avanza un concepto que resulta nuevo, aunque tiene raíces bíblicas y patristicas y que es el de la «sacramentalidad de la Palabra»:

<sup>1</sup> Iniciado a comienzos del s. XX, el arte de la «performance» es aquel en el que el trabajo lo constituyen las acciones de un individuo o un grupo, en un lugar determinado y durante un tiempo concreto. En este sentido se opone al sentido estático de la pintura o la escultura, por ejemplo, en las que un objeto constituye el foco de la obra artística.

se realiza lo que se dice y se revela el significado de lo que se hace. El Papa Juan Pablo II habló ya del «horizonte *sacramental* de la Revelación y, en particular..., el signo eucarístico donde la unidad inseparable entre la realidad y su significado permite captar la profundidad del misterio». La fe, pues, reconoce el Verbo de Dios acogiendo los gestos y las palabras con las que Él mismo se nos presenta. *El horizonte sacramental de la revelación* indica, por tanto, la modalidad histórico salvífica con la cual el Verbo de Dios entra en el tiempo y en el espacio, convirtiéndose en interlocutor del hombre, que está llamado a acoger su don en la fe.

De este modo, la sacramentalidad de la Palabra se puede entender en *analogía* con la presencia real de Cristo bajo las especies del pan y del vino consagrados<sup>2</sup>. Al acercarnos al altar y participar en el banquete eucarístico, realmente comulgamos el cuerpo y la sangre de Cristo. La proclamación de la Palabra de Dios en la celebración comporta reconocer que es Cristo mismo quien está presente y se dirige a nosotros para ser recibido. Cristo, realmente presente en las especies del pan y del vino, está presente de modo *análogo* también en la Palabra proclamada en la liturgia. Por tanto, profundizar en el sentido de la sacramentalidad de la Palabra de Dios, puede favorecer una comprensión más unitaria del misterio de la revelación en «obras y palabras íntimamente ligadas», favoreciendo la vida espiritual de los fieles y la acción pastoral de la Iglesia. Volveremos sobre ello al tratar de los honores debidos al leccionario de la Palabra de Dios, pero me permito un inciso: si la proclamación de la Palabra es «sacramental», con mayor razón habremos de cuidar la pronunciación de las palabras en la lectura, para que sean claras y distintas, de forma que revelen la gracia invisible que anuncian y que el poder de Dios realiza.

#### LOS LECCIONARIOS. UN ACTO DEL MAGISTERIO DE LA IGLESIA

La celebración litúrgica es verdadero diálogo entre Dios y su pueblo. La certeza que la Iglesia tiene de este diálogo, la ha llevado a no omitir nunca la lectura litúrgica de la Palabra de Dios, «leyendo cuanto se refiere a Cristo en toda la Escritura» (Lc 24,27; SC 6). Pero esta lectura, como ya ocurrió en la antigua Alianza, no es una recitación material y sucesiva de todos y cada uno

<sup>2</sup> Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1373-1374.

de los componentes de esta «biblioteca sagrada». Aún en los tiempos en que prácticamente sólo existía la lectura continua, el hecho de seleccionar algunos libros con preferencia a otros y ordenarlos a lo largo del año reclamaba una decisión muy importante que debían tomar los responsables de mayor nivel, sintiéndose órganos y distribuidores de la Palabra de Dios y bajo su divina iluminación y asistencia, del mismo modo que la selección de textos utilizados en la liturgia sirvieron en muchos casos para la formación definitiva de los libros sagrados y para fijar su canonicidad.

La intervención magisterial, ahora ya de la Iglesia, es mucho mayor cuando se seleccionan los textos bíblicos y se ordenan de forma nueva, conforme a criterios diferentes a los redaccionales o de la historia de los propios textos. Por ello la elaboración de un leccionario de la Palabra de Dios es mucho más comprometida que la de un misal o cantoral, porque no se trabaja sobre textos creados por los hombres de Iglesia, sino que es «el modo normal, habitual y propio, según el cual la Iglesia lee y proclama en las Escrituras la palabra viva de Dios siguiendo los diferentes hechos y palabras de salvación cumplidos por Cristo, y ordenando en torno a estos hechos y palabras los demás contenidos de la Biblia. El Leccionario aparece como una prueba de la interpretación y profundización en las Escrituras que la Iglesia ha hecho en cada tiempo y lugar, guiada siempre por la luz del Espíritu Santo»<sup>3</sup>.

Esto ocurre, sobre todo, cuando se escogen textos para las festividades de carácter teológico, como el Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo o los títulos marianos o las memorias de los santos y parece que se manipula la Escritura sacando los pasajes de su contexto propio. Lo que ocurre es que la Iglesia interpreta dichos pasajes dentro de una visión plena y unitaria, desde el misterio de Cristo, a quien se refieren todos los libros sagrados, partiendo del «hoy» del acontecimiento personal de Cristo, a lo que se añade la visión de toda la Escritura y de los hechos de Cristo desde el «punto Omega» de su resurrección y venida gloriosa.

A lo largo de la historia ha habido momentos particulares en que el magisterio pastoral de la Iglesia ha fijado el orden de lecturas litúrgicas, como el IV Concilio de Toledo (a. 633) para el rito hispánico o las disposiciones posteriores al Concilio de Trento y al Vaticano II para el rito romano, sancionadas por los papas san Pío V y Pablo VI.

<sup>3</sup> LÓPEZ, J., *Carta Pastoral ante el curso 2009-2010. La liturgia, lugar privilegiado de la Palabra de Dios que edifica la Iglesia*, León 2009.

## LA FORMACIÓN DE LOS LECCIONARIOS EN ORIENTE Y OCCIDENTE

Como se ha dicho antes, en los tres primeros siglos la forma de lectura litúrgica predominante de la Sagrada Escritura era la «continua», utilizando los libros completos del Antiguo y del Nuevo Testamento que formaban el tesoro principal de cada iglesia, aunque no se tuviese en cada lugar la totalidad de los textos sino sólo los que se leían ordinariamente. Se comenzó entonces a señalar con comas y otros signos las perícopas o pasajes para la secuencia de lecturas.

Un gran cambio se verificó cuando comenzó el desarrollo del año litúrgico, en primer lugar con la institución de las festividades de Navidad<sup>4</sup> y Epifanía en Occidente y Oriente respectivamente en el siglo IV, con su preparación en las diferentes formas que tuvo el tiempo de Adviento en cada rito litúrgico. La otra gran fiesta cristiana, la Pascua, tuvo su gran desarrollo; entre los siglos IV y VI se produce la estructuración de la Semana Santa, Cuaresma y del Cincuentena Pascual y la institución de las festividades de la Ascensión y de Pentecostés, las cuatro Témperas y las memorias de la santísima Virgen María y de los santos. Esta diversificación celebrativa del año litúrgico reclamaba que en cada celebración se leyese los pasajes bíblicos que hacían referencia a la ocasión, al lugar de la «estación» o la memoria del misterio o del santo que se celebraba<sup>5</sup>.

Por ello comenzó a ponerse en el margen de los códices o volúmenes sagrados unas notas para indicar el día o la fiesta en que se leían las perícopas según el calendario litúrgico de cada iglesia. Muy pronto se dio el paso a la confección de listas de las partes a proclamar de cada clase de lecturas, redactándose así los llamados «*capitularia lectionum*» y «*capitularia evangeliorum*», así como las «*cotationes epistularum et evangeliorum*» que contenían listas de ambas lecturas<sup>6</sup>. Los ejemplares más antiguos de estas listas se remontan al s. VI y,

<sup>4</sup> En Roma hacia el año 336, sobre este tema cfr. LÓPEZ, J., *La liturgia de la Iglesia*, Madrid: BAC, 2009, c. XVIII, El año litúrgico, 256 ss.

<sup>5</sup> A finales del s. IV, la peregrina Egeria se admiraba de que en los Santos Lugares se leyese lecturas apropiadas en cada santuario o en los días en torno a la Semana Santa, que entonces se celebraba ya en Jerusalén. Asistiendo en el 384 a los oficios litúrgicos de la ciudad santa, hace notar con profunda sorpresa: *Valde gratum et valde memorabile, cómo semper tam hymni quam antiphonae et lectiones... babeant, ut et diei, qui celebratur et loco in quo agitar, aptae et convenientes sint semper...* Evidentemente, en la provincia hispánica de la que procedía la piadosa peregrina, era desconocido un canon de lecturas y textos tan precisos. En esto precedió el Oriente al Occidente.

<sup>6</sup> Sobre estos testimonios primitivos de ordenación de las lecturas, cfr. LÓPEZ, J., «Leccionario de la Misa», en SARTORE, D. y TRIACCA, A. M. (eds.), *Nuevo diccionario de liturgia*, Madrid: Paulinas, 1989; RIGHETTI, M., *Historia de la Liturgia*, II, Madrid: BAC, 1956, 202-222.

como ocurrió en todos los ritos, los usos de las principales iglesias catedrales o monásticas o de las grandes metrópolis, acabaron imponiéndose pero sin alcanzar una perfecta unidad<sup>7</sup>. En el ámbito oriental, el leccionario más antiguo que se conserva es el «Leccionario armenio de Jerusalén» del siglo V<sup>8</sup>.

El paso siguiente fue el de copiar de los «*liber commatus*» los pasajes para cada ocasión. Se debió dar aquí el mismo proceso que en las oraciones, coleccionando primero en cada iglesia los «*libelli*» o páginas y fascículos sueltos con las lecturas en uso en cada lugar, para llegar a la fase de codificación, en la que se escribe un libro conteniendo todas las lecturas, lo que empezó a darse de forma muy temprana en España en el s. VII<sup>9</sup>, donde al leccionario se le llamó «*liber commicus*»<sup>10</sup> y en Roma y las Galias a partir del s. VIII cuando Alcuino y Benito de Aniano codificaron la liturgia romana para su uso en la corte de Carlomagno<sup>11</sup>.

En el ámbito del rito romano, durante la Edad Media, el conjunto de lecturas que se conservó más estable es el que va desde la Septuagésima hasta Pascua, tiempo organizado probablemente antes de san Gregorio Magno († 604)<sup>12</sup>; en el resto del año litúrgico encontramos las divergencias clásicas

<sup>7</sup> La relación de textos más completa y antigua que se ha conservado de un *capitulare epistolarum* es la del *comes* de Capua, que fue escrita por el obispo Victor de Capua al inicio de un códice con las cartas de san Pablo (el llamado *Codex Fuldensis*); en el texto bíblico se señala en el margen el principio de cada lectura con un número, que corresponde al de la lista, y el final con una crucecita. Cfr. RIGHETTI, M., *Historia...*, 207.

<sup>8</sup> RENOUX, A., «Un manuscrit du Lectionaire armenien de Jerusalem (cod. Jerus. arm. 121)», *Le Museon* 74 (1961) 377-378.

<sup>9</sup> San Julián obispo de Toledo († 690) reunió en cinco libros todos los textos para la celebración del Oficio y la Misa. Pero a pesar de lo ya ordenado en el IV Concilio de Toledo (a. 633), permanecieron dos tradiciones con dos series diferentes de lecturas, la A (toledana) y la B (hispalense).

<sup>10</sup> Corresponde a la tradición a la edición crítica preparada por PÉREZ DE ÚRBEL, J. y GONZÁLEZ RUIZ, E., *Liber Commicus. Monumenta Hispaniae Sacra, Serie litúrgica*, 2 y 3, Madrid, 1950. El *Missale Mixtum* publicado por el Cardenal Cisneros en 1500 contiene las lecturas de la tradición B.

<sup>11</sup> Para la confección del leccionario de la Misa debieron utilizar una lista romana de perícopas semejante al *comes* de Murbach, que fue la que acabó imponiéndose en la sección propia del tiempo del rito romano.

<sup>12</sup> No conviene olvidar además que, a mediados del siglo V, Roma perfeccionó, como ya es sabido, la organización de sus dos principales ciclos litúrgicos: Adviento y Cuaresma. Respecto al Adviento, se debe al papa Gelasio († 498) el reordenamiento del núcleo primitivo de lecturas, especialmente las que corresponden a las témporas de diciembre. Las lecciones originales fueron trasladadas por él a las témporas de Cuaresma, y en su lugar puso las que ahora se leen, tomadas de las profecías de Isaías, muy a tono con la próxima fiesta navideña. Pasó igualmente al miércoles de témporas el pasaje evangélico de la anunciación, que antes se leía por Navidad, y al viernes, el relato de la visita de María a su prima Santa Isabel. En cuanto a la Cuaresma, el papa Hilario († 468) hizo componer la larga serie de las misas feriales, exceptuadas las de los jueves, dotándolas de un sistema original de lecturas. Cfr. RIGHETTI, M., *Historia...*, 200.

entre las tradiciones gelasianas gregorianas<sup>13</sup>. Una mayor variedad se da en las lecturas para las misas de santos, votivas y de difuntos.

Cuando a partir del s. XI aparecen los «misales plenarios» o «mixtos», en los que se contenían todos los textos para la Misa: cantos, lecturas y oraciones, los leccionarios dejaron de evolucionar como libros independientes, aunque siguió habiendo «epistolarios» y «evangelarios» para las misas solemnes y estos últimos siguieron produciéndose con particular ornato. En el s. XIII las órdenes mendicantes comenzaron a servirse de misales abreviados, para uso de los frailes itinerantes, como el dominicano y el franciscano; este último tuvo particular fortuna porque el papa Sixto IV, franciscano, lo impuso como «Misal de la Curia Romana» y fue la base del *Missale Romanum* normativo para todo el rito romano después de Trento, bajo san Pío V, en el año 1570.

Acerca del número de lecturas en la Misa, Las tres lecturas (A. Testamento, Apóstol y Evangelio) se mantuvieron en Roma hasta la época gregoriana o poco más tarde; sin embargo, desde mediados del siglo V existió la tendencia a reducir a dos (Antiguo Testamento y Evangelios) las lecturas en los días de feria (o Apóstol y Evangelio en el resto) y también en algún día festivo. Entre los siglos VIII y el IX, la lección profética decae paulatinamente, hasta desaparecer por completo, salvo raras excepciones, como la misa de la vigilia y fiesta de Navidad. Sin embargo se mantuvo en la liturgia hispánica donde hay siempre tres lecturas<sup>14</sup>.

Sin embargo, se mantuvo en África, en España y en parte en Milán la costumbre de leer después del Antiguo Testamento las actas de los mártires<sup>15</sup>. Así se hacía en África en tiempos de San Agustín, quien alude a ello repetidamente en sus homilías en fiestas como la de san Vicente de Valencia y san Cipriano.

<sup>13</sup> Ver el cuadro comparativo de las epístolas en los tres leccionarios romanos más antiguos (Murbach, Wurzburg y Alcuino) con el *Missale Romanum* en RIGHETTI, M., *Historia...*, 212-214 y de los evangelios en las pp. 219-221.

<sup>14</sup> Curiosamente, durante la Cuaresma, la tradición B representada en el *Missale Mixtum* y –en este caso– en el actual *Liber commicus*, se tienen cuatro lecturas, siendo la primera tomada de los libros sapienciales del Antiguo Testamento. Cfr. SANCHO, J., «El leccionario de la Misa en la liturgia hispánica renovada», *Phase* 175 (1990) 39-56.

<sup>15</sup> Esta lectura de las Actas se codificó en España en el libro litúrgico llamado *Passionarium*, editado por FABREGA, A., *Pasionario Hispánico (siglos VII-XI)*, Madrid-Barcelona: CSIC, 1953.



## EL TESTIMONIO DE LOS SANTOS PADRES

Los Santos Padres nos ayudan a conocer los leccionarios en uso en su época, ya sea por indicaciones al respecto como por los textos bíblicos sobre los que trataban sus homilías.

La norma primitiva que universalmente se siguió en la Iglesia fue la de leer los domingos y ferias, por trozos a voluntad del obispo, los libros del canon escriturístico, *ex ordine*, sin interrupción. Era ésta la llamada *lectio continua*, que se hacía no de un libro especial, sino del mismo códice sagrado. San Agustín lo dice expresamente: *Quae, cum dicerem, codicem etiam accepi, et recitavi totum illum locum...; tunc reddito Exodi códice...*<sup>16</sup> A veces los Padres dicen que predicaban con el libro santo en las manos<sup>17</sup>. La *lectio continua* perduró mucho tiempo en la liturgia, sobre todo en las predicaciones vespertinas; en algunas iglesias, como, por ejemplo, en África, hasta pasado el siglo IV.

Hallamos todavía vestigios de la antigua *lectio continua* romana. Analizando la lista más antigua de las lecturas evangélicas asignadas al tiempo después de la Epifanía, y tomadas de los sinópticos, lo mismo que las lecturas apostólicas, ambas todavía en el *Missale Romanum* tridentino, si se disponen los distintos pasajes en el orden en están dispuestas, salta a la vista de modo evidente la *lectio continua*.

DEL LECCIONARIO DEL MISAL ROMANO DE TRENTO AL DEL VATICANO II<sup>18</sup>

La revisión del Misal Romano que se hizo conforme a lo dispuesto en el Concilio de Trento dejó intacto el leccionario del Misal de la Curia Romana en la sección del año litúrgico, que había sido objeto de duras críticas por los reformadores protestantes, que lo acusaban de moralismo y de omitir textos que creían fundamentales.

Después de doce siglos de sustancial permanencia, el Concilio Vaticano dispuso una revisión del orden de lecturas de la Misa de forma que fuese más

<sup>16</sup> *Carta* 29, 4.

<sup>17</sup> «Ha llegado ya el momento en que yo tengo que dejar el libro santo y vosotros tenéis que regresar cada uno a sus ocupaciones», SAN AGUSTÍN, Tratado 35 sobre el evangelio de san Juan, 9, *Liturgia de las Horas* IV, 466. «Tengo en mis manos su palabra escrita. Éste es mi báculo», SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilía antes de partir al exilio*, 3. *Liturgia de las Horas* IV, 1165.

<sup>18</sup> Cfr. RAMIS, G., «Dios habla a su pueblo al proclamar su Palabra. Del Concilio de Trento al Concilio Vaticano II», en *Verbum Domini. La presencia de Cristo en la Palabra proclamada*, XXXII Jornadas de la Asociación Española de Profesores de Liturgia, Ponencias, Madrid, 2009, 9-35.

abundante, más variada y más apropiada y se sugería que, en un período determinado de años, todavía sin definir, se leyeran al pueblo las partes más significativas de la Sagrada Escritura<sup>19</sup>.

De este modo, el concilio Vaticano II ha hecho posible el que hoy podamos contar con el más amplio y rico Leccionario de la palabra de Dios de toda la historia de la liturgia. Todo el NT y gran parte del AT se encuentran dispuestos para nutrir la fe de las comunidades en todo el conjunto de leccionarios que están actualmente en vigor: Leccionarios de la Misa, Leccionarios de los diferentes rituales de sacramentos y sacramentales y Leccionarios del oficio divino. «Además, no hemos de olvidar que el actual Leccionario del rito latino tiene también un significado ecuménico, en cuanto es utilizado y apreciado también por confesiones que aún no están en plena comunión con la Iglesia Católica»<sup>20</sup>.

La confección, edición típica y traducción del nuevo leccionario de la Misa se hizo con gran rapidez, dada la importancia del trabajo y la profundidad de la reforma. Así, en 1969 se publicaba, con la aprobación del papa Pablo VI, el *Ordo lectionum Missae*, con el índice de lecturas para toda clase de misas y unos *Praenotanda* explicando el sentido de la reforma. Siete años después de SC se publicó la edición típica en latín del leccionario completo (1970-1971), pero ya antes, en 1969, comenzó la edición de los leccionarios en lengua española. El hecho de que se comenzase con la serie dominical B y que los Prenotandos tuviesen poca información –lo que motivó una nueva edición ampliada de los mismos en 1981–, unido a la sucesiva y rápida publicación de nuevos volúmenes de lecturas y rituales renovados. Este hecho contribuyó a que esta gran innovación no fuese totalmente asimilada, pese a los esfuerzos que se hicieron para su perfecta y provechosa utilización<sup>21</sup>. Ésta sigue siendo una asignatura pendiente de la renovación litúrgica<sup>22</sup>.

<sup>19</sup> CONCILIO VATICANO II, Const. *Sacrosanctum Concilium* 35. Para que aparezca con claridad la íntima conexión entre la palabra y el rito en la Liturgia: 1. En las celebraciones sagradas debe haber lectura de la Sagrada Escritura más abundante, más variada y más apropiada. 51. A fin de que la mesa de la palabra de Dios se prepare con más abundancia para los fieles ábranse con mayor amplitud los tesoros de la Biblia, de modo que, en un período determinado de años, se lean al pueblo las partes más significativas de la Sagrada Escritura. Sobre ello insiste la Constitución Conciliar *Dei Verbum* en los nn. 21, 23, 24 y 25.

<sup>20</sup> BENEDICTO XVI, Exhortación Apostólica Postsinodal *Verbum Domini* (30-09-2010), n. 57.

<sup>21</sup> Sobre el proceso de elaboración de los nuevos leccionarios, cfr. LÓPEZ, J. «El leccionario...», 1108 y ss. BUGNINI, A., *La reforma de la liturgia*, Madrid: BAC, 1999, en los varios apartados dedicados a este tema.

<sup>22</sup> Así lo reconoce el papa Benedicto XVI, al tiempo que pide nuevos subsidios para la comprensión y pleno provecho de los nuevos leccionarios: «Algunas dificultades que sigue habiendo para cap-

LOS CRITERIOS DE SELECCIÓN DE LAS LECTURAS.  
LECTURA CONTINUA Y FESTIVIDADES

En la decisión del Vaticano II influyeron dos grandes movimientos, que han resultado extraordinariamente beneficiosos para la iglesia: el movimiento bíblico y el movimiento litúrgico, alimentado con un superior conocimiento del pensamiento de los Santos Padres y de las fuentes de la sagrada liturgia orientales y occidentales.

El movimiento bíblico ha superado los reparos que dificultaban el acceso del pueblo cristiano a las Sagradas Escrituras en su integridad y en su propia lengua y ha hecho progresar el conocimiento sobre el contenido y características de cada libro sagrado y su interpretación. El movimiento litúrgico contribuyó por su parte al acercamiento de la liturgia al pueblo y a descubrir su índole didáctica, recibiendo de los Santos Padres el sentido plenario y unitario de la Palabra de Dios centrado en el Misterio Pascual de Jesucristo. También fue determinante el conocimiento de las catequesis de los Padres y de las antiguas liturgias para la restauración de elementos tan importantes como la relación tipológica entre el A. y el NT y las etapas de la historia de la salvación<sup>23</sup> junto con los tres conjuntos evangélicos temáticos de los domingos de Cuaresma<sup>24</sup>.

---

tar la relación entre las lecturas de los dos Testamentos, han de ser consideradas a la luz de la lectura canónica, es decir, de la unidad intrínseca de toda la Biblia. Donde sea necesario, los organismos competentes pueden disponer que se publiquen subsidios que ayuden a comprender el nexo entre las lecturas propuestas por el Leccionario, las cuales han de proclamarse en la asamblea litúrgica en su totalidad, como está previsto en la liturgia del día». *Verbum Domini*, n. 57.

<sup>23</sup> Conforme al breve tratado de san Agustín *De catechizandis rudibus* n. 39, donde se recomienda una explicación histórico-bíblica de la doctrina cristiana, con estas palabras: «Han pasado ya cinco edades del mundo, la primera de las cuales va desde el origen del género humano, esto es, desde Adán, que fue el primer hombre creado, hasta Noé, que construyó el arca durante el diluvio. Luego la segunda llega hasta Abrahán, que con razón fue elegido como padre de todos los pueblos, para que imitaran su fe, pero más particularmente el pueblo judío, en virtud de la descendencia carnal (...). Estos momentos de las dos edades aparecen claros en los libros antiguos; de las otras tres se habla también en el Evangelio, cuando se recuerda el origen del Señor Jesucristo según la carne. La tercera, en efecto, va desde Abrahán hasta el rey David; la cuarta, desde David hasta aquella cautividad, en que el pueblo de Dios fue deportado a Babilonia; la quinta, desde aquella deportación hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo. Y a partir de aquella venida comienza la sexta, durante la cual la gracia espiritual, que hasta entonces sólo habían conocido unos pocos patriarcas y profetas, se manifiesta a todas las gentes».

<sup>24</sup> Especialmente el «tríptico catecumenal» de la samaritana, el ciego de nacimiento y Lázaro, que había sido desplazado a las ferias siguientes a los domingos 3º, 4º y 5º de Cuaresma, pero que seguía vigente en las liturgias ambrosiana e hispano-mozárabe.

El actual leccionario del rito romano es el resultado de un esfuerzo combinado de especialistas en liturgia, Biblia y pastoral, aplicando sistemas organizadores diferentes según el tipo de celebración, como lo explican los Prenotandos<sup>25</sup>.

Casi cincuenta años después de la promulgación de la Const. *Sacrosanctum Concilium* (1963) y con la experiencia madura del nuevo leccionario, el papa Benedicto XVI ha resumido en su Exhortación Apostólica Postsinodal *Verbum Domini* el sentido nuclear de aquella reforma: «Al subrayar el nexo entre Palabra y Eucaristía, el Sínodo ha querido también volver a llamar justamente la atención sobre algunos aspectos de la celebración inherentes al servicio de la Palabra». Quisiera hacer referencia ante todo a la importancia del Leccionario. La reforma promovida por el Concilio Vaticano II ha mostrado sus frutos enriqueciendo el acceso a la Sagrada Escritura, que se ofrece abundantemente, sobre todo en la liturgia de los domingos. La estructura actual, además de presentar frecuentemente los textos más importantes de la Escritura, favorece la comprensión de la unidad del plan divino, mediante la correlación entre las lecturas del Antiguo y del Nuevo Testamento, «centrada en Cristo y en su misterio pascual» (57).

#### LA LECTURA COMO ACONTECIMIENTO Y COMO TEMARIO<sup>26</sup>

La formación del leccionario, según los presupuestos del Vaticano II, levanta la cuestión de si este orden de lecturas no sería sino una base para la enseñanza o catequesis de la comunidad, perdiéndose la fuerza originaria y la actualidad dinámica de la palabra de Dios.

¿Es esta una antinomia inevitable? Desde el punto de vista de la teología de la celebración, la proclamación de la palabra de Dios es un acontecimiento

<sup>25</sup> 60. Por tanto, la presente Ordenación de las lecturas de la misa es una disposición de lecturas bíblicas que suministra a los cristianos el conocimiento de toda la palabra de Dios, junto con la adecuada explicación.

64. Para alcanzar la finalidad propia de la Ordenación de las lecturas de la misa, la elección y distribución de los fragmentos se ha hecho teniendo en cuenta la sucesión de los tiempos litúrgicos y también los principios hermenéuticos que los estudios exegéticos de nuestro tiempo han permitido descubrir y definir.

66. 3. Los principios que regulan la Ordenación de las lecturas para los domingos y fiestas son los llamados de «composición armónica» o de «lectura semicontinua». Se emplea uno u otro principio según los diversos tiempos del año y las notas características de cada tiempo litúrgico.

<sup>26</sup> Cfr. SANCHO, J., «Acontecimiento y temática de la palabra de Dios», en *Verbum Domini. La Presencia de Cristo*, cit., 107-122.

único y no es la lectura de un texto que dé pie a una exposición<sup>27</sup>. En la liturgia de la Palabra «Dios habla a su pueblo, y Cristo, presente en su palabra, anuncia el Evangelio»<sup>28</sup>. No se trata de una mera instrucción bíblica, porque, como enseña Benedicto XVI: «la Palabra que anunciamos y escuchamos es el Verbo hecho carne (cfr. Jn 1,14), y hace referencia intrínseca a la persona de Cristo y a su permanencia de manera sacramental. Cristo no habla en el pasado, sino en nuestro presente, ya que Él mismo está presente en la acción litúrgica»<sup>29</sup>. Como lo enuncia la preciosa frase de san Agustín citada en los Prenotandos del Leccionario: «El Evangelio es la boca de Cristo. Está sentado en el cielo, pero no deja de hablar en la tierra»<sup>30</sup>.

Pero este principio debe articularse con otro de carácter pastoral, cual es la índole catequética o didáctica que posee la liturgia en general y la de la palabra en particular, así lo reconoce la Constitución *Sacrosanctum Concilium* (nn. 7 y 33) y lo afirman los Prenotandos del Leccionario<sup>31</sup>.

La organización del Leccionario tiene como finalidad doble el anuncio lo más abundante y variado posible de la Sagrada Escritura y la formación de los fieles, ya sea mediante una adecuada y preparada celebración de la palabra como mediante la homilía, la «verdadera homilía» que sigue siendo una asignatura pendiente en muchos casos y a cuya práctica se nos estimula desde el Concilio hasta nuestros días<sup>32</sup>. La antinomia que se enunciaba al principio se acentúa cuando se escuchan deseos de que las homilías sean más «temáticas», dando lugar a una catequesis continua que abarque a todo el ciclo

<sup>27</sup> En la antigüedad se proclamaban las lecturas sin decir el libro del que estaban tomadas, como ocurría en la Vigilia Pascual hasta la reforma de Pio XII y se hace aún en las lecturas breves de la Liturgia de las Horas.

<sup>28</sup> CONCILIO VATICANO II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, nn. 7 y 33.

<sup>29</sup> BENEDICTO XVI, *Sacramentum Caritatis*. Exhortación Apostólica Postsinodal sobre la Eucaristía, fuente y culmen de la vida y de la misión de la Iglesia de 22 de febrero de 2007, n. 45.

<sup>30</sup> *Prenotandos* n. 3 cita 10. SAN AGUSTÍN, *Sermo* 85 1, PL 38, 520.

<sup>31</sup> 61. Aunque la acción litúrgica, de por sí, no es una forma determinada de catequesis, incluye, no obstante, un carácter didáctico, que se expresa también en el Leccionario del Misal romano, de manera que, con razón, puede ser considerado como un instrumento pedagógico para el fomento de la catequesis.

<sup>32</sup> BENEDICTO XVI, *Sacramentum Caritatis*, 45. «Junto con el Sínodo, pido que la liturgia de la Palabra se prepare y se viva siempre de manera adecuada. Por tanto, recomiendo vivamente que en la liturgia se ponga gran atención a la proclamación de la Palabra de Dios por parte de lectores bien instruidos. Nunca olvidemos que “cuando se leen en la Iglesia las Sagradas Escrituras, Dios mismo habla a su Pueblo, y Cristo, presente en su palabra, anuncia el Evangelio” (135). Si las circunstancias lo aconsejan, se puede pensar en unas breves moniciones que ayuden a los fieles a una mejor disposición».

litúrgico<sup>33</sup> y que parecen responder a unas «inquietudes de orden racional y externo»<sup>34</sup>.

La cuestión permanece abierta, porque si bien los Prenotandos del Leccionario actual indican los criterios seguidos en la selección de los textos, según los tiempos litúrgicos, pero se hace con tal concisión que apenas sugiere la riqueza del conjunto; parece como si hubiese una precaución para no ser demasiado «catequéticos». Se habla de «principios hermenéuticos» actuales (n. 64), pero no se declaran de forma sencilla<sup>35</sup>; lamentablemente, los Prenotandos siguen sin ser conocidos y aprovechados<sup>36</sup>.

#### HONOR DEBIDO AL LECCIONARIO Y AL EVANGELIARIO

Como «libro signo de la Palabra de Dios», los leccionarios fueron objeto de una esmerada elaboración<sup>37</sup>, se cubrían con tapas preciosas y, como ahora sigue haciéndose, en la celebración litúrgica son objeto de una veneración hacia la Palabra que se expresará por medio de ellos, sobre todo el evangelario en la entrada solemne al principio de la Misa y en el rito de la proclamación del Evangelio (ministro ordenado, luces, incensación, ósculo, bendición con el libro) semejante a la que se tributa a la santísima eucaristía, con el mismo honor, si bien con distinta forma de culto.

Este honor está fundamentado en lo expresado por el Vaticano II, en la Constitución *Dei Verbum* n. 21 cuando compara la Palabra proclamada con el

<sup>33</sup> *Sacramentum Caritatis* 46: Es conveniente que, partiendo del leccionario trienal, se prediquen a los fieles homilias temáticas que, a lo largo del año litúrgico, traten los grandes temas de la fe cristiana, según lo que el Magisterio propone en los cuatro «pilares» del *Catecismo de la Iglesia Católica* y en su reciente *Compendio*: la profesión de la fe, la celebración del misterio cristiano, la vida en Cristo y la oración cristiana. Nota 143: Para este fin, el Sínodo ha exhortado a elaborar elementos pastorales basados en el leccionario trienal, que ayuden a unir intrínsecamente la proclamación de las lecturas previstas con la doctrina de la fe: cfr. *Propositio* 19.

<sup>34</sup> *Prenotandos*, n. 68.

<sup>35</sup> Por ejemplo, al presentar los domingos de Cuaresma no se cita a san Agustín, cuando es evidente que el orden de las primeras lecturas sigue el programa catequético de las «edades» o etapas de la historia de la salvación propuestas por el Santo en el texto antes citado del tratado *De catechizandis rudibus* 39: «Han pasado ya cinco edades del mundo...».

<sup>36</sup> Como se ha dicho antes, esto fue provocado en el principio de la reforma litúrgica en parte por el hecho de que se comenzó en 1967 por el Leccionario dominical B, que no llevaba los Prenotandos, entonces mucho más breves.

<sup>37</sup> En la Carta Apostólica *Vicesimus quintus annus* (04-12-1988), n. 7, el papa Juan Pablo II recomienda el cuidado de los leccionarios como reconocimiento de la presencia de Cristo en la palabra proclamada.

Cuerpo de Cristo: «La Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la Palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo, sobre todo en la Sagrada Liturgia». Por ello, tanto cuando se reciben estos panes, se responde con una afirmación de fe. A la voz «Palabra de Dios» con el «Tè alabamos, Señor» y a «El Cuerpo de Cristo» con el «Amén»<sup>38</sup>.

Se trata de la consideración de la «sacramentalidad» de la Palabra que se puede entender en *analogía* con la presencia real de Cristo bajo las especies del pan y del vino consagrados en la que insiste Benedicto XVI<sup>39</sup>. Cristo, realmente presente en las especies del pan y del vino, está presente de modo análogo también en la Palabra proclamada en la liturgia.

La expresión «aunque no con el mismo culto» se encuentra en los Principios generales n. 10 de los Prenotandos del Leccionario de la Misa y con ella se distinguen los ritos de adoración a la presencia verdadera, real y sustancial (y consiguientemente permanente) de Jesucristo en la Eucaristía y el reconocimiento y veneración de la presencia verdadera y real del Señor (dinámica y temporal) en la Palabra proclamada. Por ello no hay lugar para un «culto» al leccionario fuera del momento de la proclamación de las lecturas. Entre las dos presencias no hay identidad, sino analogía. Como enseña el Papa, «Cristo, realmente presente en las especies del pan y del vino, está presente de modo análogo también en la Palabra proclamada en la liturgia». Hay aquí un eco de lo que enseña el Decreto sobre el santísimo sacramento de la Eucaristía del Concilio de Trento (ses. XIII, c. III. 10: «De la excelencia del santísimo sacramento de la Eucaristía, respecto de los demás Sacramentos».

<sup>38</sup> En la liturgia hispano-mozárabe, cuando termina la lectura los fieles responden también «Amén».

<sup>39</sup> Al acercarnos al altar y participar en el banquete eucarístico, realmente comulgamos el cuerpo y la sangre de Cristo. La proclamación de la Palabra de Dios en la celebración comporta reconocer que es Cristo mismo quien está presente y se dirige a nosotros para ser recibido. Sobre la actitud que se ha de tener con respecto a la Eucaristía y la Palabra de Dios, dice san Jerónimo: «Nosotros leemos las Sagradas Escrituras. Yo pienso que el Evangelio es el Cuerpo de Cristo; yo pienso que las Sagradas Escrituras son su enseñanza. Y cuando él dice: “*Quién no come mi carne y bebe mi sangre*” (Jn 6,53), aunque estas palabras puedan entenderse como referidas también al Misterio [eucarístico], sin embargo, el cuerpo de Cristo y su sangre es realmente la palabra de la Escritura, es la enseñanza de Dios. Cuando acudimos al Misterio [eucarístico], si cae una partícula, nos sentimos perdidos. Y cuando estamos escuchando la Palabra de Dios, y se nos vierte en el oído la Palabra de Dios y la carne y la sangre de Cristo, mientras que nosotros estamos pensando en otra cosa, ¿cuántos graves peligros corremos?».

LA HOMILÍA (*VERBUM DOMINI* 59). LA «HOMILÍA CELEBRATIVA»

Cuando en la sinagoga el lector termina de leer la profecía, debe hacerlo con una frase que sea un final positivo, un buen final, incluso si debía buscarla más adelante; el predicador debía partir de este evangelio, consistente en un anuncio de bienes para Israel<sup>40</sup>. Así procedió Jesús concluyendo la lectura de Isaías con la buena noticia de que «Hoy se cumple esta escritura que acabáis de oír» (Lc 4,15) y del mismo modo los Apóstoles, cuando eran invitados a comentar la Palabra, partían del evangelio profético para anunciar el Evangelio de Jesucristo (Hch 13,15). Así, desde el principio, la homilía es una «conversación familiar» en la que el pastor de la Iglesia parte a los fieles y hace asequible el pan de la Palabra, partiendo de la buena noticia del Reino.

No es este el lugar para una exposición completa del tema, sobre el que hay una gran documentación magisterial y de autores contemporáneos<sup>41</sup>. Centrando el tema se puede decir que la expresión «homilía celebrativa» define una forma específica de predicación que forma parte de la acción litúrgica y está trabada en su dinamismo espiritual.

Este dinamismo está presente en la Exhortación apostólica *Verbum Domini* (n. 59), donde Benedicto XVI describe la naturaleza de la homilía como el ministerio de explicar la palabra de Dios, encomendado a los obispos, presbíteros y diáconos y «es parte de la acción litúrgica»<sup>42</sup>; tiene el cometido de favorecer una mejor comprensión y eficacia de la Palabra de Dios en la vida de los fieles. La homilía constituye una actualización del mensaje bíblico, de modo que se lleve a los fieles a descubrir la presencia y la eficacia de la Palabra de Dios en el hoy de la propia vida. Debe apuntar a la comprensión del misterio que se celebra, invitar a la misión, disponiendo la asamblea a la profesión de fe, a la oración universal y a la liturgia eucarística.

En este contexto dinámico, la «homilía celebrativa» debería comenzar con una expresión de acción de gracias por la Palabra recibida, seguir con la actualización: nosotros, aquí, ante el Señor que nos habla. Viene luego la ex-

<sup>40</sup> Cfr. DEL AGUA, A., «La Escritura proclamada al Pueblo Judío», en *Verbum Domini. La presencia de Cristo*, cit., 56.

<sup>41</sup> Ver el tema en el artículo «Homilía» de DELLA TORRE, L. en el citado *Nuevo Diccionario de Liturgia*, 1015-1038; y en LARA, A., «La Homilía», en *Verbum Domini. La Presencia de Cristo*, cit., 79-103, ambos con una completa bibliografía.

<sup>42</sup> Que la homilía forma parte de la acción litúrgica es una afirmación de *Sacrosanctum Concilium* 52 que mira a la verdadera tradición, porque hasta entonces –y aún el código de rúbricas de 1960– se consideraba la homilía como una interrupción o suspensión de la celebración.



posición de un tema único, a partir de la Palabra proclamada y en tiempo o festividad celebrada. Este tema será visto en el Misterio celebrado, sin parcelarlo lectura tras lectura o buscando una artificiosa armonización entre ellas. Aquí no está de más a veces un ejemplo tomado de la vida ordinaria. La última parte se debería dedicar a una invitación a la participación eucarística y a un «aterrizaje» con las consecuencias morales y prácticas para la comunidad. El final ideal, conforme a la tradición de los Padres, sería una invocación o doxología a la que todos asintiesen con el «Amén». Todo ello lleva a una gran responsabilidad: «verdadera homilía», «*sermo divinus*», «si se dice la verdad»; no se puede pedir el «Amén» a cualquier discurso.

#### MANERAS A EVITAR. HOMILÍAS GENÉRICAS Y ABSTRACTAS. DIVAGACIONES PERSONALES

Comencemos este apartado con las palabras de Benedicto XVI en *Verbum Domini* (n. 59): «Ya en la Exhortación apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis*, recordé que “la necesidad de mejorar la calidad de la homilía está en relación con la importancia de la Palabra de Dios”. Por consiguiente, quienes por ministerio específico están encargados de la predicación han de tomarse muy en serio esta tarea. Se han de evitar homilías genéricas y abstractas, que oculten la sencillez de la Palabra de Dios, así como inútiles divagaciones que corren el riesgo de atraer la atención más sobre el predicador que sobre el corazón del mensaje evangélico».

Según el Papa, para la necesaria mejora de las homilías, en primer lugar han de evitarse las homilías genéricas o abstractas. «Genéricas», es decir, que sirven para cualquier comunidad, tiempo y lugar, como cuando se copian de un homiliario; y «abstractas», cuando se habla de conceptos como «la bondad», «el amor» o «la comunión», sin concretar la forma en que se deben vivir por los que escuchan en ese momento. En el mismo documento, leemos más adelante: «La Asamblea sinodal ha exhortado a que se tengan presentes las siguientes preguntas: ¿Qué dicen las lecturas proclamadas? ¿Qué me dicen a mí personalmente? ¿Qué debo decir a la comunidad, teniendo en cuenta su situación concreta?».

La siguiente mala costumbre a evitar es «ocultar la sencillez de la palabra de Dios», añadiríamos también «la radicalidad», con vagas acomodaciones o discursos teóricos. El propio Jesús nos ofrece un sencillo y maravilloso ejemplo de homilía dentro del Sermón de la montaña en Mt 6,24-34. Vemos el enun-

ciado del tema: «Nadie puede servir a dos señores»; desarrollo y ejemplo: «Mirad los pájaros y las flores», un consejo concreto: «No andéis agobiados», y la conclusión doble, una espiritual: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia», y otra más humana: «No os agobiéis por el mañana».

Finaliza el Papa criticando «las inútiles divagaciones que corren el riesgo de atraer la atención más sobre el predicador que sobre el corazón del mensaje evangélico». Esto es grave, porque no se puede pedir el «Amén» a opiniones particulares o a posturas críticas hacia la Iglesia y su magisterio ordinario. La homilía no es una exposición exegética o teológica, aunque el homileta debe formarse permanentemente en estos y otros temas. Se deberían depurar también los lugares comunes, la forma siempre igual de empezar y acabar, así como la extensión a veces insufrible, habiendo actualmente un consenso en que no se debe pasar de ocho o diez minutos en la homilía.

¿Qué razones puede haber para esto? ¿Por qué no se valora y aprovecha la riqueza del Leccionario?<sup>43</sup> De eso se ha tratado anteriormente y podemos pasar al punto final.

#### LO PRINCIPAL: MOSTRAR A CRISTO, QUE TIENE QUE SER EL CENTRO DE TODA HOMILÍA

Debe quedar claro a los fieles que lo que interesa al predicador es mostrar a Cristo, que tiene que ser el centro de toda homilía. Por eso se requiere que los predicadores tengan familiaridad y trato asiduo con el texto sagrado; que se preparen para la homilía con la meditación y la oración, para que prediquen con convicción y pasión... Por eso es necesario un conocimiento de la Biblia en su totalidad, porque sus diferentes libros son el marco de las lecturas, que se debe conocer para identificar la época, el estadio de la revelación, el género literario, los lugares paralelos y, en fin, todo lo necesario para un conocimiento del sentido literal del pasaje, antes de pasar al sentido «alegórico» o litúrgico y al práctico o moral. La Biblia no debe faltar junto al leccionario cuando se prepara la homilía, además de una buena y actualizada formación en

---

<sup>43</sup> Un obispo se quejaba hace años de que las homilías no comunicaban doctrina, sino que se reducían a resolver, como si fuera un acertijo, la relación entre las tres lecturas. Por otra parte es normal escuchar que el predicador comienza con «El evangelio que hoy se ha proclamado...», sin tener en cuenta las demás lecturas en el contexto de la historia de la salvación y del tiempo litúrgico, la secuencia de episodios o el momento de la vida pública de Jesús en el tiempo ordinario.

teología bíblica y litúrgica. Finalmente, sigue el Papa, «el predicador tiene que “ser el primero en dejarse interpelar por la Palabra de Dios que anuncia”, porque, como dice san Agustín: “Pierde tiempo predicando exteriormente la Palabra de Dios quien no es oyente de ella en su interior”»<sup>44</sup>.

El Oficio de Lectura de la memoria de san Ambrosio (7 de diciembre) ofrece dos pasajes de una carta del santo a un nuevo obispo, y en ella le da preciosos consejos que conservan todo su valor, de los que escogemos los siguientes: «Recibe también tú de la plenitud de Cristo, para que tu voz resuene. Quien mucho lee y entiende se llena, y quien está lleno puede regar a los demás; por eso dice la Escritura: “Si las nubes van llenas, descargan la lluvia sobre el suelo”. Que tus predicaciones sean fluidas, puras y claras. Que tus discursos estén llenos de inteligencia, es decir: que tu expresión sea brillante, que resplandezca tu inteligencia, que tu discurso y tu exposición no necesiten sentencias ajenas, sino que tu palabra sea capaz de defenderse con sus propias armas; que, en fin, no salga de tu boca ninguna palabra inútil y sin sentido». Y finalmente, nos atrevemos a añadir con el Apóstol (Col 4,6) que «una pizca de sal» siempre va bien.

---

<sup>44</sup> San Agustín sigue siendo un ejemplo para los predicadores. Admira el capítulo dedicado a la predicación en la imprescindible obra de VAN DER MEER, F., *San Agustín, pastor de almas*, Barcelona: Herder, 1965, 519-598. El santo se sentía interpelado por la Palabra incluso cuando el cantor se equivocaba de salmo, e improvisaba la homilía sobre este texto (*o. c.*, 531-532).

## Bibliografía

- BENEDICTO XVI, Exhortación Apostólica Postsinodal *Sacramentum Caritatis* (22 de febrero de 2007).
- BENEDICTO XVI, Exhortación Apostólica Postsinodal *Verbum Domini* (30 de septiembre de 2010).
- BUGNINI, A., *La reforma de la liturgia*, Madrid: BAC, 1999.
- DEL AGUA, A., «La Escritura proclamada al Pueblo Judío», en *Verbum Domini, La presencia de Cristo en la Palabra proclamada*, XXXII Jornadas de la Asociación Española de Profesores de Liturgia, Ponencias, Madrid, 2009, 56.
- DELLA TORRE, L., «Homilía», en *Nuevo Diccionario de Liturgia*, Madrid, 1989, 1015-1038.
- FABREGA, A., *Pasionario Hispánico (siglos VII-XI)*, vol. I, Madrid-Barcelona: CSIC, 1953.
- LARA, A., «La Homilía», en *Verbum Domini, La presencia de Cristo en la Palabra proclamada*, XXXII Jornadas de la Asociación Española de Profesores de Liturgia, Ponencias, Madrid, 2009, 79-103.
- LÓPEZ, J., «La liturgia, lugar privilegiado de la Palabra de Dios que edifica la Iglesia», Carta Pastoral ante el curso 2009-2010, León 2009.
- LÓPEZ, J., «Leccionario de la Misa», en SARTORE, D. y TRIACCA, A. M. (eds.), *Nuevo diccionario de liturgia*, Madrid: Ediciones Paulinas, 1989, 202-222.
- LÓPEZ, J., *La liturgia de la Iglesia*, Madrid: BAC, 2009.
- PÉREZ DE URBEL, J. y GONZÁLEZ RUIZ, E., *Liber Commicus. Monumenta Hispaniae Sacra, Serie litúrgica*, vols. 2 y 3, Madrid, 1950.
- RAMIS, G., «Dios habla a su pueblo al proclamar su Palabra. Del Concilio de Trento al Concilio Vaticano II», en *Verbum Domini, La presencia de Cristo en la Palabra proclamada*, XXXII Jornadas de la Asociación Española de Profesores de Liturgia, Ponencias, Madrid, 2009, 9-35.
- RENOUX, A., «Un manuscrit du Lectionnaire armenien de Jerusalem (cod. Jerus. arm. 121)», *Le Museon* 74 (1961) 377-378.
- RIGHETTI, M., *Historia de la Liturgia*, vol. II, Madrid: BAC, 1956.
- SANCHO, J., «Acontecimiento y temática de la palabra de Dios», en *Verbum Domini, La presencia de Cristo en la Palabra proclamada*, XXXII Jornadas de la Asociación Española de Profesores de Liturgia, Ponencias, Madrid, 2009, 107-122.
- SANCHO, J., «El leccionario de la Misa en la liturgia hispánica renovada», *Phase* 175 (1990) 39-56.
- VAN DER MEER, F., *San Agustín, pastor de almas*, Barcelona: Herder, 1965.